

exclusivo de Yáñez para evocar una provincia apacible, pródiga, colmada de buenos olores, limpia y restauradora. Su ternura incisiva para pintarla no se limita a los perfiles exteriores, sino que con pareja facilidad su pluma ahonda en los herméticos y justos contornos de su conciencia. Y es así como mejor concreta Yáñez su designio de hacer alentar sus clásicos modelos en la esfera de nuestra intimidad inmediata.

ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

HORACIO QUIROGA, *Sus mejores cuentos*. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Introducción, selección y notas de John A. Crow.—México, Editorial Cultura, 1943. LII, 290 pp. \$2.00.

El tercer volumen de las magníficas ediciones de los CLÁSICOS DE AMÉRICA que realiza el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, se consagra a los mejores cuentos de Horacio Quiroga. Veintitrés de sus relatos magistrales se reúnen en el tomo que se completa con una introducción y notas de John A. Crow, de la Universidad de California. Si Quiroga tuvo esos dos amigos que le biografiaron admirablemente, José M. Delgado y Alberto Brignole, encuentra en Crow, ahora, a uno de sus críticos más lúcidos y enterados, al propio tiempo que penetrantes y completos.

Nos parece un gran acierto que se hubiese antologizado a Horacio Quiroga. Para él el cuento, como lo apunta Crow, fué un género esencial y eterno. "Lo amó con pasión, y estudió su técnica con lealtad y tenacidad ejemplares. Aspiró a la perfección y la alcanzó muchas veces, poniéndose en el altísimo nivel a que no han llegado más de diez en el mundo literario occidental, así de Europa como de la América." La vida de Quiroga, resumida aquí por Crow, con un sereno patetismo, nos parece también un cuento recio, y en varios de sus altos, y en su remate, trágico. Y el que prueba variamente del amor y el cloroformo para documentarse, el que acaba, sabiendo de su dolencia, con el cianuro; el que es romántico, realista, esperanzado y sin esperanzas, el que examina, con proximidad evidente a la naturaleza y a lo antinatural; el que sigue cursos libres en la escuela de la vida, pone por obra, en sus cuentos, el decálogo del perfecto cuentista que él había escrito un día para *El Hogar* de Buenos Aires.

Así los suyos resultan, como él mismo lo quiso, verdaderas novelas depuradas de ripios, sin adjetivos innecesarios, puesto que son inútiles cuantas notas de color se adhieren a un sustantivo débil; con personajes llevados como de la mano hasta el final por el camino trazado desde el comienzo y sin que el autor se distraiga con lo que ellos no pueden o no les importa ver. Cuentos (novelas sin ripios) expresados con exactitud, con una seguridad de las palabras y contados sin pensar en los amigos ni en la impresión que pudieran hacer tales historias. Referidos como si el relato no tuviera interés más que para el ambiente de sus personajes, de los que el mismo autor pudo haber sido uno de ellos, pues sólo así, como lo confesaba Quiroga, "se obtiene la vida del cuento".

La reseña no puede tener la extensión suficiente para ir a la especificación o al estudio, así fuese brevísimo, de algunos de los cuentos de esta antología. Ni sería dable marchar al resumen o a la presentación argumental de cuentos tan tupidos y esenciales, que han admitido paralelos de la más elogiosa altitud, puesto que para examinarlos, aun se ha llegado a pensar en el mismo origen del género en donde están los innegables gérmenes de la novela, y se los ha comparado con los cuentos de Kipling, de Tolstoy, de Dostoiewsky, en fin, con lo mejor de la literatura relatista de todos los tiempos.

AUGUSTO ARIAS,

Quito.

CÉSAR LAVÍN TORO, *Alguien golpeó a mi puerta*.—Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1943.

Es agradable encontrar, entre los tantos libros publicados, uno que sea de amable estilo, de sugerente significado, de contenido vital, a pesar de sus imágenes poéticas. Alguien decía, hace mucho tiempo, que la sorpresa era evidente cuando de improviso se encontraba con alguien que escribiera bien, sin saber, sin haber sabido nunca de él, ni siquiera por una fácil referencia. Pues bien, con César Lavín nos ha ocurrido ello. Su libro *Verticales*, que tanto éxito tuvo en su aparición, no había pasado nunca por nuestras manos, y ese rumor crítico que afuera se escuchaba, no podíamos precisar; no sabíamos si su significado, relativo para nosotros, convergía patentemente sobre el volumen.